Tomo 9

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 11

San José, Costa Rica 1924 Lunes 17 de Noviembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

La América española y la Sociedad de Naciones

(De *El Sol*, Madrid).

Nuestro enviado especial a Ginebra, Sr. Barga, recordaba ayer que la República Argentina sigue pagando sus cuotas a la Sociedad de Naciones aunque ha dejado de asistir a sus deliberaciones desde hace tiempo. En realidad, este retorno de la República suramericana a Ginebra data de la primavera pasada, en que el Sr. Alvear decidió satisfacer las cuotas atrasadas y enviar una Delegación completa a la Conferencia internacional del Trabajo. Unicamente razones de política interior obligan al Gobierno argentino a retardar el momento de adherirse plenamente de nuevo al organismo internacional de Ginebra. Este retorno estaría bien fundado, porque si la Conferencia panamericana de Santiago de Chile no pudo lograr el acuerdo de las tres grandes naciones de la América meridional sobre los armamentos navales, en la Conferencia de Berna llegaron a un compromiso Brasil y Chile, que la Argentina declaró aceptar. No es, pues, extraño que la Argentina y los demás países ibero americanos vuelvan sus ojos hacia el internacionalismo universal de Ginebra, más eficaz que el panamericanismo alentado por los Estados Unidos.

Hay otra razón para ello que la de esta eficacia. El *Diario de Ginebra*, en un artículo dedicado a la América hispánica, extracta un artículo de *Atlantic Monthly*, de Boston, que califica de «incisivo», debido a la pluma del profesor Inman: «De veinte repúblicas americanas diceseis están ocupadas por las tropas norteamericanas: Cuba, Haití, Santo Domingo, Panamá, Nicaragua y Honduras. Otras cinco tienen sus finanzas intervenidas por agentes norteamericanos: Salvador, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia. Guatemala, Costa Rica y México son disputadas por los capitalistas yanquis. En Argentina, Brasil, Chile, Paraguay, Uruguay y Venezuela, la influencia norteamericana no es dominante todavía; pero los Estados Unidos redoblan sus esfuerzos sobre ellas. Esta política económica, a cuyo servicio está una ideología, la doctrina de Monroe, se propone apartar de Europa la América hispánica para imponer a estos países una protección que no piden y acaso les repugna». Y el profesor Inman agrega: «¡Estamos preparando nuestras Irlandas, nuestros Egiptos, nuestras Indias!» Por esta misma razón los pueblos suramericanos se orientan hacia la Sociedad de Naciones, donde buscan más que una protección, un contrapeso contra la tendencia, cada día más absorbente, de los Estados Unidos.

No para reemplazar el papel predominante a que aspiran los Estados Unidos sobre las repúblicas hispánicas, sino para colaborar con ellas en este afán de plena independencia, que aumenta conforme crece el imperialismo norteamericano, es por lo que propugnamos de antiguo por una política hispanoamericana, una de cuyas manifestaciones principales sería la comunidad de miras dentro de la Liga de Ginebra. Para nosotros, la América hispánica ya no es un país utilizable, sobre todo económicamente, sino el territorio donde nuestra vieja cultura puede volver a dar nuevos frutos sazonados de juventud. A nosotros, tanto como a esos países por todos ambicionados, importa apartar toda influencia extraña, que empezando en lo económico, se encarama hasta lo político y lo espiritual. Otras naciones, Francia principalmente, preparan, validas de un lejanísimo parentesco de lenguaje, de un remoto latinismo, cobrar sobre ellas una ascendencia política y cultural, a la que colabora inconscientemente nuestro descuido. En los valimientos y amistades internacionales que habrían de buscar los pueblos suramericanos, en caso de mayor peligro, esas otras naciones podrían desempeñar un papel principal, que en nosotros es una obligación de fraternidad. Si la América hispánica vuelve los ojos hacia Europa, como da a entender su alejamiento del panamericanismo inspirado por Norte América, es a España a quien debiera encontrar en primer lugar. Pero esto no puede conseguirse sin una constante política de aproximación y de colaboración cultural, que estamos muy lejos de desarrollar, por muchos y muy loables que hayan sido los intentos realizados hasta la fecha.

No queremos que el espacio sustraiga a nuestros lectores unos párrafos del artículo del *Diario de Ginebra* acerca del papel desempeñado por la América hispánica en la Sociedad de Naciones.

«Suramérica ha dado a la Asamblea dos miembros del Consejo, dos magistrados del Tribunal internacional de Justicia, dos consejeros de la Oficina del Trabajo, dos vicepresidentes en la quinta Asamblea, y en todas las Comisiones sus delegados ejercen una influencia considerable. Todos ellos son, con gran frecuencia, un elemento motor, favorable al desarrollo de todas las actividades de la Liga, sobre todo de sus actividades humanitarias. Alejados de Europa y de sus encrucijadas, se muestran menos propensos que los delegados europeos a hacer política, aportando, en cambio, un espíritu de imparcialidad que rinde los mejores servicios».

Carta a modo de informe preliminar para el manifiesto proyectado por el "Comité Estudiantil-Obrero" (1)

"La juventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros y un tesoro de cuya inversión sois responsables".

José Enrique Rodó
(Ariel)

"¿Cuándo llegará a esta tierra mezquina algo de la inteligencia contemporánea, cuándo nos sentiremos vivir en medio de este mundo que nos arrastra, y para el cual no tenemos sino una estúpida mirada de indiferencia o de egoísmo?"

F. García Calderón

Quien estas palabras os dirige, queridos compañeros, está acostumbrado a pensar y a escribir, y una y otra cosa son hábitos agradables de su vida. Pero al dirigirse a vosotros, en la ocasión actual, experimenta una emoción nueva, un agudo sentimiento de responsabilidad unido a un vivísimo deseo de traducir íntegro el mensaje de su espíritu.

Días de meditación casi dolorosa sobre el caos moral e intelectual en que vivimos; días de amargas experiencias en medio de las hipocresías y mentiras de los cobardes egoístas, han seguido a las jornadas posteriores a la gran asamblea del 23 de mayo.

Hemos tenido que convencernos de la verdad de algunas de nuestras suspicacias acerca de las falsedades e impurezas del movimiento de opinión originado en San Marcos. Se ha evidenciado una vez más—a pesar de todos nuestros deseos y esperanzas— la íntima anarquía que esteriliza la acción de las generaciones nuevas; se ha palpado la ausencia de verdaderos ideales de cultura y la carencia absoluta de orientaciones salvadoras. Y ya no se trata de esa «variedad que es signo de esfuerzo fecundo» a la que con razón afirmaba el Maestro, que no había que temer. Lo que hemos observado, lo que ha dejado en nuestro ánimo una impresión de imborrable tristeza, es una sorda pugna de tendencias y aspiraciones irreconciliables entre los elementos constitutivos de nuestra juventud. «Perseguid—predicaba el Maestro—la unidad del entusiasmo y la trascendencia suprema de los grandes ideales a través de los matices, de las opiniones y de las escuelas». Pero entre nosotros sólo se dá la fiera hostilidad de los más torpes y cerradamente personales egoísmos. ¿A qué extremos de bajeza moral, a qué apoteosis de la intriga, a qué refinamientos de astuto servilismo, nos conducirá esta negación obstinada y sistemática de todo fin superior y mediato que tenga la virtud de aplazar las rivalidades y ambiciones del momento?...

La «sorprendente disciplina», notada en ciertos momentos de la acción por Haya, parecía indicar el surgimiento de un espíritu nuevo. Indicio de una firme voluntad para proseguir en el camino trazado, para abrir en la espesura de los intereses creados y de las aspiraciones egoístas una ancha brecha de abnegación y desinterés, esa disciplina era en verdad un síntoma consolador. Mas ¿qué se ha hecho esa disciplina apenas ha empezado a ejercer su deletérea acción el ambiente corrompido de nuestra vida pública? ¿qué se ha hecho esa disciplina apenas se ha infiltrado en nuestras filas el aire mefítico del egoísmo de hogares y familias, de sociedades y círculos para los que no existe más bien común que el de su clan, especie de bárbara solidaridad de tribu o de pandilla?...

Se ha desvanecido como un sueño la imagen—viva un instante—de una juventud digna y altiva; ha callado al conjuro de siniestras amenazas el valeroso verbo de una multitud salvada—por un instante solo—del envilecimiento en la opresión. Frente al osado ademán de la hueste improvisada y cándida, ha vuelto a reunirse el conciliábulo de los que explotan la esclavitud moral e intelectual. Los enemigos momentáneos, pero no substanciales, de la tiranía han tornado a enrolarse en las filas del amo. Y de un momento a otro, cuando deberían empezar a traducirse en acción vigorosa y firme las altivas declaraciones aclamadas por multitudes sedientas de dignificación humana y de libertad civil, la falanje improvisada ve debilitadas sus filas con la deserción de los que no tienen el sentido de la responsabilidad de las palabras y las actitudes públicas.

Debemos mirar con tolerancia estos fenómenos, queridos compañeros. Nuestro clima moral no da para más. Pero es necesario, a pesar de todo, que no dejemos apagarse definitivamente la llama tan difícil y laboriosamente encendida en este caos. «Las generaciones que llegan a la vida esperan ansiosas un resurgimiento»—exclamaba el Maestro, y añadía: «En su anárquico vocerío, yo descubro una harmonía íntima y una voz que no llegó nunca a mis oídos».

Si, queridos compañeros; a pesar de todos los signos capaces de desengañarnos; a pesar de la fuerte presión de la injusticia organizada; a pesar de la triunfante y tácita solidaridad de los que ahitos de favor y de soborno pretenden desconocer la incontrastable fuerza de nuestro ideal renovador, es posible decir palabras de optimismo y de fe.

El mal que a primera vista nos desconcierta y nos descorazona no es tan hondo e irremediable. La primera conclusión a que conduce la meditación de nuestras amargas experiencias es así: *Más que en la torpeza de los egoísmos personales, la base de esa dinámica social de corrupción que constituyen el interés y el miedo, debe buscarse en la ignorancia.* Y el mal de la ignorancia es más fácil de conjurar que una posible, incurable e íntima miseria de nuestra constitución moral. La falta de una educación superior desinteresada y en concordancia con los postulados de la espiritualidad moderna; la escasez, la vaguedad y la debilidad de las doctrinas creadoras, de que ha adolecido nuestra cultura; el absoluto desconocimiento de las altas aspiraciones y orientaciones del espíritu humano contemporáneo que acusan las manifestaciones de nuestros hombres públicos y de nuestras instituciones, sin excluir de esto a nuestro raquítico, empírico, mercenario y cobarde periodismo; la ausencia de autorizados apóstoles del *ideal nuevo* en los puestos dirigentes de nuestra pedagogía; la honda crisis de las vocaciones desinteresadas en que se ha traducido el auge del positivismo ochocentista; el tecnicismo científico y sin mensaje moral de nuestra enseñanza; la falta de un fervor ético-estético que caracteriza nuestras actividades superiores; el empirismo improvisado y sin finalidades elevadas de nuestra legislación; el menguado personalismo de nuestra política, ayuna de ideas y principios, todo, todo concurre a colocar nuestra vida colectiva en un plano absolutamente desfavorable para las inquietudes de la inteligencia y las generosidades del ideal. En medios tan despojados de germinaciones ideológicas, en ambientes tan enteramente abandonados a la rutina de las costumbres; en una sociedad que tiene por fundamentalmente humanos e incorregibles los vicios que han hecho de ella una colectividad miserable y retrógrada, es en alto grado difícil la instauración del *régimen de la inteligencia creadora* y de la *voluntad cultural* que hace de otros pueblos modernos verdaderos laboratorios

(1) Esta carta fué escrita a raíz de los trágicos sucesos acaecidos en Lima cuando la juventud universitaria y los trabajadores, en ejemplarizadora unión, obtuvieron un triunfo completo contra el bastardo maridaje que pretendió establecerse entre la tiranía y el clericalismo mediante el artificio ostensible de «consagrar la República al Corazón de Jesús».

de los ideales eternos de justicia, verdad y belleza, ideales únicos que pueden justificar nuestros padecimientos en el globo. A la generación actual le ha tocado la realización de esta tarea. Y es necesario que de nuestras filas salgan los espíritus fuertes, decididos a asumir la responsabilidad de esa empresa. Tal vez no seamos nosotros quienes tengamos que afrontar la parte más ardua y peligrosa de la acción regeneradora. Aunque algunas apariencias hacen presumir cosa distinta, nuestro mayor enemigo—si no el único— es la ignorancia, el desconocimiento, de parte de nuestras clases «cultas» y «dirigentes», de *los urgentes imperativos de la civilización nueva y más sabia, hermosa y noble que están pugnando por forjar los cultores de la ciencia, la religión, la moral, la estética y el derecho contemporáneos*. Tenemos, pues, que lanzarnos a una cruzado de educación y propaganda semejante a la que realizan en el México nuevo los Vasconcelos y los Casos, los Henríquez Ureña y esa pléyade de educadores de vocación y de ideales que ha respondido al llamamiento nobilísimo del primero: «Ya es tiempo—dijo Vasconcelos en su invitación a los intelectuales y maestros—de demostrar a los campos que la ciudad no solamente incuba la explotación y el desdén, sino que puede engendrar abnegación y virtudes. Es menester, que el intelectual se redima de su pecado de orgullo, aprendiendo la vida simple y dura del hombre del pueblo, no para rebajar su propia mente, sino para levantarla junto con la del humilde». «Para ciertos países aristocratizados—afirma por su parte Gabriela Mistral, misionera de la educación en México—el rango de *intelectual* corresponde a doctores y literatos *ilustres*. Estos hombres—agrega— casi siempre maduros o viejos, tienen una acción lánguida: son mentes fatigadas. O bien, vueltos egoístas por su preeminencia, hechos una nueva aristocracia, indiferentes, se colocan al margen de las luchas sociales». Esto, entre nosotros, es una verdad palmaria. Nuestros «intelectuales» viven al margen de las inquietudes juveniles y de los sufrimientos del pueblo; ignoran las aspiraciones de mejora, progreso, renovación y creación espiritual de las fuerzas vitales por excelencia de la nacionalidad: juventud obrera y juventud estudiosa; desconocen el movimiento revolucionario y reivindicador de la pureza y dignidad de los valores culturales que agita a la juventud del mundo entero; y frente al grito valiente de las rebeldías juveniles, solo se les ocurre hacer causa común con las fuerzas más retardatarias de la burguesía claudicante y corrompida. Y es que, en realidad, nuestros «intelectuales», nuestros «dirigentes» no son sino siervos de la burguesía, parásitos del régimen de la explotación política e industrial, gentes que no quieren enterarse del sentido dinámico y constructivo de la cultura contemporánea; gentes que creen que las universidades modernas son conservatorios de una especie de escolástica social u ortodoxia política intangibles.... Y es contra estos prejuicios, debidos más que a la maldad o el egoísmo a una inercia espiritual y mental muy poco honrosa; es contra el tristísimo desconocimiento de la belleza y fecundidad, llena de humanas esperanzas, del ideal educador de nuestros días, contra lo que tenemos denodadamente que luchar. El vigoroso y audaz crítico inglés George Bernard Shaw, en un mensaje a los estudiantes norteamericanos, ha dicho que el único remedio eficaz para combatir la mediocridad moral y científica de la cultura oficialmente organizada es la organización cooperativa del *consumidor*, es decir, del estudiante. Si, refiriéndose a los Estados Unidos, Bernard Shaw escribe: «*In forming Intellectual Soviets, and stablishing the Dictator ship of Learner, the American students may save their country if it is capable of being saved*» ¿qué no podrá decirse entre nosotros a favor de la organización independiente y altiva de la *clase* estudiantil libre, es decir, del estudiante que no quiere resignarse a recibir *una cultura de sumisión a los viejos órdenes*, sino una *cultura renovadora y dinámica*? Es esa educación oficial de un conservadorismo miope, de un conservadorismo que se traiciona con su propia ind gencia de ideales, con su indiferencia helada e inhumana frente a las dramáticas luchas y miserias de la vida; es ese utilitarismo profesional, esa seca *instrucción* en absoluto desprovista de cordialidad y de emoción apostólica, que se ofrece en nuestras cátedras; es la aridez increíble de aspiraciones y doctrinas humanas que se nota en nuestros cursos de «humanidades»; es la falta de entusiasmo y de fervor ideológico que se nota en nuestro único centro de cultura espiritual—la Facultad de Letras—lo que contribuye a empequeñecer cada vez más nuestro patrimonio de principios y doctrinas ennoblecedoras de la vida colectiva. El Maestro de las «rutas ignoradas», melancólicamente decía: «No ignoro, antes bien aplaudo y amo lo que se hace en la *fama* de las cosas, en el engranaje administrativo, en la evolución de la riqueza común. Pero me inquieta esta exaltación tradicional de la apariencia, en una raza que no ahonda la vida ni sabe su destino. En vano he consagrado tristes desvelos a nuestra historia, para saber qué hemos querido en ochenta años de existencia, (el Maestro hablaba hace veinte) contra el determinismo de las cosas y de los tiempos. No lo sé; me atrevo a sugerir que nunca hubo tal pensamiento, que nunca supimos del ideal y de sus exigencias, que hemos vivido con existencia contradictoria e inconsciente, sin discutir nuestra herencia, aceptando las imitaciones, sin la conciencia de nuestro ser y de nuestro destino. Suprema frivolidad, desesperante inconsciencia, trágica indisciplina de una historia que no tiene el sello aristocrático y la espiritualidad discreta del virreynato ni la imponente ordenación del comunismo incásico. Condenábamos la realidad en nombre de vanos y retóricos idealismos, pero *nunca hicimos crítica social*. Inquietos y variables, no aceptamos ni la fecunda monotonía del trabajo ni la lenta y espontánea corrección de los moldes políticos. Fuimos los eternos famélicos de los cambios decorativos, de las superfetaciones engañosas, *de las agitaciones algo bufas, algo trágicas, de una fantasía reñida con las imposiciones de la vida*...»

¿No es verdad, queridos compañeros, que estas palabras resuenan por manera dolorosa en nuestra conciencia ahora? «Yo os quisiera ver marchar por ignoradas rutas—dice en otra parte el Maestro—, y apenas vislumbro aisladas, efímeras transformaciones. Muchas veces me abandona la esperanza ante el espectáculo de la estrechez intelectual, de la intolerancia, de la vida perezosa, del fanatismo tortuoso, del materialismo invasor...» ¡Y eso era cuando aún no estábamos sumidos en la sima del servilismo y abyección en que hemos caído! Eso lo decía el Maestro cuando aún en nuestro país los hombres actuaban impulsados por móviles ajenos al miedo o al interés... ¿Cómo salir de esta hondura para recibir sobre la frente alzada el beso de la luz? ¿Cómo escalar los ásperos barrancos de estos abismos de ignorancia y de temor donde nos han dejado abandonados la incuria, la frivolidad, la cobardía, la carencia de ideales y el desórden de las generaciones anteriores? *Próspero*, el Maestro indiscutido de las generaciones nuevas de nuestra América, nos ha enseñado cómo «el honor de cada generación humana exige que ella se conquiste, por la perseverante actividad de su pensamiento, por el esfuerzo propio y su fe en determinada manifestación del ideal, su puesto en la evolución de las ideas». Si generaciones anteriores a la nuestra han sido negligentes en la acción y en el pensamiento; si han claudicado ante el poder arbitrario e injusto de políticos mediocres y mercaderes del patriotismo; si los que nos han precedido no quisieron o no pudieron imponer una firme voluntad depuradora y un generoso ideal colectivo a las

organizaciones de un oficialismo rutinario, nosotros tenemos que centuplicar nuestro esfuerzo para realizar nuestra misión. Tengamos este empeño arduo y sagrado, esa «sublime terquedad de la esperanza» de que hablaba el Maestro de nuestros maestros.

Atentos a las dos señales de nuestro tiempo observadas por Hermann Hesse en sus «Salutación a las Juventudes del Mundo»: «el terror que se apodera de los burgueses ante las predicciones de «extinción» de sus profetas, y el júbilo de la juventud que despierta en todas partes», sigamos, no en la fría teoría, sino en la práctica cotidiana, el consejo del Maestro desinteresado y sereno: «Yo os predico también—profesores futuros de la acción—el olvido de las distinciones de estirpe y de raza; yo saludo la unión de los troncos nacionales y la formación del espíritu colectivo. Y vosotros que no tenéis el egoísmo de los hombres maduros, ni sentís el acicate de los prejuicios aristocráticos, fecundad el alma del pueblo y redimid con el esfuerzo a una raza proscrita» Gabriela Mistral afirma con razón que «los universitarios poseen la cultura sin haber perdido todavía la generosidad ardiente». «Su falta de intereses materiales—agrega—los hace más justos, aunque a veces los haga utópicos». Es pues a los jóvenes a quienes, por todos conceptos, les corresponde realizar la misión redentora y dignificadora de la cultura. Es sobre la base de una juventud desinteresada, valerosa, ajena a los cálculos y a los prejuicios de la madurez, que se ha de levantar el edificio de una organización docente orientada—sin miedo ni estrecheces de rentistas engreídos—hacia los ideales modernos de la justicia social y de la honrada política.

En medio de la desorientación espiritual y la incoherencia intelectual de nuestra vida, nuestra labor es bien clara: a medida que vayamos adquiriendo conocimientos y experiencias que nos lleven a la comprensión cada vez más completa y más viva de los ideales modernos, debemos pugnar por su difusión y su aplicación práctica a nuestro medio. Para esto antes que todo y sobre todo, tenemos que realizar *la doble selección de la voluntad y de la cultura*. Sepamos cuáles de entre nosotros *quieren y pueden* ir hacia el pueblo sin orgullo intelectual y sin prejuicios de clase. Sepamos quiénes tienen generosidad, inteligencia y cultura suficientes para imponerse esa labor educadora de las clases trabajadoras que más que por «pan y circo» claman hoy por dignificación moral e intelectual.

Sepamos quiénes no temen que al contacto de los hombres que «huelen a trabajo» desaparezca toda la gracia y toda la gentileza de sus figuras «incroyables». Impongamos a los que aspiran a ocupar «puestos dirigentes», a los que han imaginado el mundo de la burocracia como el cielo de la haraganería y *el paraíso de los mediocres*, que todo lo deben a la compadrería, la adulación, el nepotismo o la intriga; impongámosles a los *señoritos universitarios* y a sus imitadores, obligaciones serias de autoeducación y una misión generosa de docencia para con sus inferiores. Inventemos las organizaciones que controlen esa labor, y pronto sabremos quiénes entre los estudiantes merecen el respeto y la estimación de sus conciudadanos y de sus maestros y quiénes son sólo dignos de desprecio; quiénes son elementos de dignificación popular, de orden y de honradez, y quiénes son, por sus vicios y por su miseria espiritual, aliados naturales de todas las tiranías, agentes de corrupción, gentes despojadas de todo principio de virilidad y de hidalguía.

En resumen, y en vista de las incidencias y comentarios producidos en torno al funcionamiento del *Comité Estudiantil-Obrero*, el suscrito opina:

I) Que por ningún motivo debe permitirse la disgregación de un organismo aún no sometido a prueba, ni debidamente constituído;

II) Que de parte de los gestores del movimiento que lo produjo, la defección de sus filas es un acto digno de censura por la inconsecuencia y falta de continuidad en el esfuerzo y falta de energía que acusa; y

III) Que, teniendo en consideración la injustificada alarma producida en ciertos círculos por el hermoso y noble sentimiento de confraternidad obrero-estudiantil que ha hecho posible para la Universidad la afirmación altiva de su independencia, la acción del Comité debe limitarse a la labor cultural.

EDWIN ELMORE

Lima, junio 2 de 1923

Desde Moscú escribe Haya de la Torre

Moscú, julio 18 de 1924.

Mi querido Jorge Lascano:

Hasta aquí, me ha llegado en el primer número de *Bases* el abrazo caluroso de estímulo que tú me envías al final de un artículo lleno de generosidad, que agradezco cordialmente.

Hece 20 días que vivo en Rusia, donde he encontrado la revelación de todo un mundo nuevo. No sé si la propaganda enconada que se hace contra los Soviets resulta hasta necesaria para un visitante sereno, que llega a darse de cara con una realidad sorprendente.

Cuando hace dos días he presenciado un desfile de cien mil obreros en un solo clamor frenético de entusiasmo, he comprendido que el arraigo de la dictadura proletaria es ya una realidad histórica, definitiva. Y sumando esta impresión a las que diariamente recibo, puedo afirmarte que la revolución rusa es un hecho real, perdurable y firme.

¡Cómo pienso en los problemas de nuestra América, y en nuestro deber como responsables de su porvenir!

Cada día que pasa siento más profundamente la convicción de que todo muchacho indiferente o egoísta es un traidor entre nosotros.

Yo espero aún mucho de ustedes los argentinos, después del colapso que ya parece terminar. Confío en que ha de surgir de nuevo allá una resolución heroica de acción y de sacrificio. Porque les conozco bien, mi fe en ustedes es indeclinable.

Estoy escribiendo un libro de impresiones sinceras, desapasionadas, absolutamente serenas. Será un libro para «nosotros» los de América.

Oye: no he visto en *Bases* nada en contra del imperialismo yankee. En indispensable crear un fuerte sentimiento de masa contra el capital que nos conquista.

No olvides esto y que sean incansables en revelar al proletariado el gran peligro.

Abraza a todos los amigos y no me olvides.—Tuyo,

RAÚL HAYA DE LA TORRE

(De *Bases*, La Plata, Rep. Argentina).



La escuela única

(De *El Sol*, Madrid)

En las ediciones de *La Lectura*, junto a la colección de *Clásicos Castellanos*, que representa el pasado literario, hay otra serie que si no tan atractiva para la generalidad del público, ha traído una aportación considerable a la cultura, dando a conocer en castellano la Pedagogía moderna. Esta serie, titulada: *Ciencia y educación*, se ha aumentado ahora con una rama nueva, la *Sección contemporánea*, que divulga en breves volúmenes, entre libros y folletos, las ideas, instituciones y tendencias que han iniciado la renovación de la enseñanza o pugnan por lograrla. La elección de asuntos y de textos, publicados a veces en extracto, acusa una dirección inteligente. Está, en efecto, dirigida esta biblioteca por un pedagogo español de sólida formación, D. Domingo Barnés, autor de trabajos interesantes acerca de estas disciplinas, que no llamaré especialidad, pues aunque tengan su especialismo son en nuestra cultura un instrumento universal como la lógica en la época de la Escolástica.

El carácter de esta sección de Educación contemporánea aparece con mucha claridad en el párrafo siguiente del prólogo editorial: «Acudiremos para la exposición, unas veces a los mismos innovadores, traduciendo sus obras o extractándolas cuando sean sobrado extensas o domine en ellas el carácter dogmático y teórica distinto del vivo, ágil y objetivo que esta labor de «información» demanda. Otras veces, mejor que a los autores mismos, acudiremos a sus críticos y comentaristas, que pueden ofrecernos una exposición más rica en puntos de vista, más compleja y más contrastada». Sin duda, el interés literario y científico de una colección así concebida será inferior al de una serie de textos íntegros, como la otra de *Ciencias y educación*, en que han aparecido algunas de las obras fundamentales de la Pedagogía o de sus más completos tratados. En cambio la forma abreviada y fácil, puede favorecer la divulgación. Se trata de extender entre los maestros y entre los aficionados a cuestiones de enseñanzas las palabras nuevas de la Pedagogía; de una obra de información que puede ser educadora y provechosa.

* *

Uno de los fascículos más atractivos de esta serie es el que trata de los «Compagnons de l'Université nouvelle» *(Los compañeros de la Universidad nueva y la escuela única)*. Los «compañeros», que han adoptado el nombre de uno de los tres grados en la organización gremial de los oficios en el antiguo régimen: «aprendices», «compañeros», «maestros», forman una asociación profesional para la reforma de la enseñanza. Son maestros primarios, profesores de liceo y de universidad. Durante la guerra dirigieron un manifiesto al ejército que peleaba en las trincheras. Creían, como Wells, que el mundo se había vuelto plástico. Movidos de un sentimiento patriótico y constructivo aspiraban a que la enseñanza fuese el instrumento de la organización y el engrandecimiento de Francia. Querían que el siglo XX fuese la gran época de la democracia francesa, como el XVII fué la gran época monárquica y el XIII la gran época feudal.

Los «compagnons» quieren la paz escolar, la cooperación de la enseñanza libre con la del Estado, la escuela única, la reforma de la Universidad, confiando su dirección a la Corporación de la enseñanza, al Consorcio de los educadores de todos los grados, pues los compañeros piensan que hay que suprimir las barreras entre el maestro, el profesor de liceo y el catedrático de universidad, y hacer de todos ellos colaboradores en la obra general de la cultura nacional, que desempeñan especialidades diferentes de una misma función.

Una cultura general cívica para todas las clases, la carrera abierta al talento y no a las clases privilegiadas, mediante la gratuidad de todos los grados de la enseñanza; la universidad o cuerpo general docente dirigido por los mismos educadores, y no por una burocracia adyacente, son los principios fundamentales del plan de los compañeros. Quieren rectificar la obra centralista de Napoleón: la universidad única, creando corporaciones docentes regionales; mantener en la enseñanza la unión sagrada de las trincheras, asociando a la enseñanza privada confesional con la del Estado y manteniendo la paz entre las diversas confesiones; dar a la instrucción pública una estructura corporativa propia, plástica y viviente. No rechazan la inspección del Estado, pero sí quieren sustituir la dirección burocrática por la profesional, que no sea un Ministerio de Instrucción Pública, sino la Corporación de los docentes quien gobierne la enseñanza. Ellos no son enemigos del Estado; persiguen por el contrario, un fin estatista y patriótico: la organización de la cultura francesa, pero quieren que la cultura sea dirigida por la cultura y no desde fuera, y que la enseñanza generalizada produzca la selección de las capacidades.

* *

La escuela única es la parte principal del programa de los «compañeros». Su deseo de establecer la paz escolar, de conseguir una unión sagrada en el círculo de la enseñanza, les ha obligado a transacciones. La escuela única que defienden después de la guerra no es la escuela única pura: los muchachos de todas las clases sociales recibiendo la misma enseñanza de los mismos maestros y en los mismos establecimientos públicos, durante la edad escolar. Han visto que el mundo después de la guerra es menos plástico de lo que se creía y limitan su aspiración primera. La escuela única con que se satisfacen es una iniciación cultural común, una enseñanza general que tenga el mismo programa y el mismo examen para todos y que no separe a los muchachos en dos castas, la de los pobres que no podrán salir de la enseñanza primaria y la de los ricos, destinados al liceo y a la universidad. Sin embargo, algunos de los «compagnons», como el profesor del Liceo de Caen, M. J. Decrois, no se olvidan de la concepción primera y absoluta de la escuela única.

Esta transacción de los «compañeros» es una señal de la resistencia que ofrece la tradición a las reformas. Los pueblos de un largo pasado histórico tienen el esqueleto duro, encierran muchos elementos muertos. La escuela única triunfa en los Estados Unidos y se inicia en la Alemania de después de la guerra. En Francia está lanzada la semilla. La burguesía, que ha aceptado un sacrificio mayor: el del servicio militar general, aunque atenuado por situaciones de medio rescate económico que son los residuos de la antigua redención a metálico, repugna por razones diversas la igualdad escolar, el que sus hijos se sienten con los hijos de los obreros en los bancos de la misma escuela. Teme el contagio de las maneras populares, los malos locales, los maestros insuficientes, aunque a veces los maestros privados son mucho más insuficientes. No piensa que la escuela única no está concebida para rebajar el nivel de la educación de los ricos, sino para elevar el de la educación de los pobres. Mientras la diferencia de clases se mantenga en la enseñanza y haya escuelas de pobres y escuelas de ricos, será difícil que se otorgue a la enseñanza por el Estado toda su importancia social.

La escuela única es, al mismo tiempo, un elemento de selección y de pacificación. Suprime aquella injusticia contra la que clamaba Peguy, y que consiste en cerrar a los pobres la enseñanza superior, pues el complemento de la escuela única es la carrera abierta al talento. Es pacificadora, porque dando a todos los ciudadanos una cultura elemental común, suprime la barrera cultural entre las clases, que es uno de los motivos más agudos de odio y de imcomprensión. Para suprimir la lucha de clases no hay otro medio que suprimir las clases, convirtiéndolas en situaciones. El hijo del burgués y el hijo del obrero serán menos extraños y menos enemigos si se han sentado en los mismos bancos de la escuela y no han visto alzarse entre ellos desde la infancia una barrera de privilegio.

Sin ser aficionado en modo alguno a las profecías a menudo ridículas o extravagantes, sobre el porvenir de la humanidad que ahora están de moda entre los sabios y sus aprendices, creo que la escuela única será una de las instituciones básicas de las futuras democracias y que, sin escuela única, no habrá democracia verdadera.

E. Gómez de Baquero

Los amigos del César

(De *La Voz*, Madrid.)

Con la lealtad de los amigos del César ocurre algo muy distinto que con la honestidad de su mujer: es mejor que exista sin parecerlo. En la vida de los hombres públicos hay dramáticas paradojas: pueden hacer de Mecenas o de simples protectores de la invalidez y la indolencia, ser dadivosos con propios y extraños de su personal hacienda o de la confiada a su gobierno por los pueblos; pero si, inversamente, son ellos objeto de mecanismo o de cualquier favor privado, por legítimo que sea, pronto se hará sospecho de prevaricación o simonía civil. Todo hombre público sabe que tiene enemigos, y vive en guardia; pero con frecuencia son más peligrosos para su reputación sus amigos y entusiastas, y no lo advierte hasta que ya no hay remedio. De estos pequeños dramas está llena la historia de todos los tiempos, y de ellos han sido víctimas hombres eminentes y otros que, en verdad, no tenían mucho que perder. Los primeros conmueven, como nos está conmoviendo la pesadumbre que, por causa de una amistad entrometida en exceso, y por una fortuita coincidencia, sufre estos días un hombre tan austero y tan necesario en los consejos de las naciones como Ramsay Macdonald.

Comprendemos su náusea cuando ha dicho: «Me enferma el corazón tener que hablar de esto», al explicar el origen de las 30.000 libras esterlinas en acciones de una fábrica que aparecen a su nombre, y cuya noticia ha volado por la Prensa del mundo entero, con esta delectación difamatoria con que se difunde cualquier escándalo, aunque sea aparente o inventado, en que va envuelto el nombre de algún político de la izquierda. ¡Qué no se ha dicho de las supuestas rapiñas de los actuales gobernantes rusos! Y casi todo falso. Ahora le ha tocado el turno a Ramsay Macdonald, y sobre él han caído los cuervos de la maledicencia internacional. ¡Ahí es nada, 30.000 libras, 150.00 duros a la par! Buena coyuntura para sacar túrdigas al pellejo del primer gran gobernante socialista que tiene en sus manos el timón de la primera potencia europea. Le levantaron las urnas al plinto del Poder; no pudiendo abatirle en nombre de un orden histórico anárquico y caduco, ahora quieren roer su pedestal privado con los colmillos de la insidia. Pero él mismo ha explicado noble y cabalmente el suceso, y es justo divulgar sus palabras.

Alejandro Grant era un viejo amigo de Ramsay Macdonald. Casi desde la infancia unían a ambos hombres lazos de sentimiento. Los dos son escoceses. Los dos nacidos en dos pueblecitos próximos, los dos salidos de la nada. El padre de Grant y un tío de Macdonald fueron amigos y compañeros de trabajo manual, como guardas, en un ferrocarril de Escocia. Grant siguió otra trayectoria política que Ramsay Macdonald. Pudo romper la argolla del salario que ataba a su padre, y que al nacer traía potencialmente al cuello. Fué un industrial de éxito, y con la fortuna adoptó una actitud política antisocialista. Pero eso no le impidió —no es infrecuente el caso— admirar las cualidades de talento y carácter de Macdonald, su elevación de la obscuridad a la luz y el prestigio, y cuando fué llamado a presidir los consejos de la corona británica, «el hombre más orgulloso y feliz de Escocia fué sir Alejandro», ha dicho el propio Macdonald.

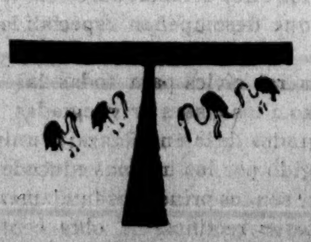
El triunfo de aquel *self-made man*, de aquel hombre que se había hecho a sí mismo, pesaba en su admirativa amistad, mantenida y madurada en el curso de muchos años de frecuente convivencia en el común rincón escocés, más que la discrepancia política. El culto del hombre de mérito, del héroe en cualquiera de sus formas, independientemente de su particular ideología, es un sentimiento muy arraigado en la raza británica. Lo que allí se llama el carácter, el hombre en su totalidad, singularmente en sus normas de conducta, prevalece en la estimación pública sobre sus ideas, sobre su vida intelectual, que se relega a muy segundo rango. Hace poco murió Massingham, un periodista radical de indómita violencia y de ejemplar rectitud; pues toda la Prensa inglesa, incluso la más conservadora, fué unánime en enaltecerle como escritor público. Admirable ponderación y espíritu de justicia, que reconoce lo que hay de grande y universalmente humano hasta en los adversarios.

Este sentimiento indujo a Alejandro Grant a querer patentizárselo de un modo concreto y tangible a su antiguo amigo Macdonald. ¿Cómo? Le ofreció un automóvil y medios de sostenerlo, que no estaba bien, a su juicio, que quien había llegado a la cima de la democracia inglesa hubiese de andar luego, cuando sonase la hora de abandonarla, en tranvías, ómnibus y «metros», como cualquier hombre de la calle. Los cargos públicos, en su opinión, imponen cierta compostura social hasta cuando se han dejado. Con esto no sólo quería honrar al amigo, sino velar por la dignidad de la más alta función del Estado después de la Corona. Resistióse Macdonald. «No me concebía —dice— como propietario de un automóvil. Iba contra la sencillez de mis hábitos.» Exquisitas palabras que no comprenderá tanto advenedizo político. Por fin cedió, no sabemos si persuadido por las razones de su amigo o por el temor de ofender su desinteresada generosidad. Concertaron el trato. Los intereses de 30.000 libras en acciones de una fábrica de Grant servirían a Macdonald para sostener un automóvil, y a su muerte, o antes si prescindía del vehículo, ese dinero volvería a Alejandro Grant o a sus herederos.

Hasta aquí nada hay vituperable. Pero cuatro meses después de ese convenio de amistad el Rey de Inglaterra concedió el título de barón a Alejandro Grant, desde entonces sir Alejandro. Aquí empiezan las insidias de la suspicacia, fundándose, sin duda, en lamentables precedentes de la política inglesa. Los dos partidos, el liberal como el conservador, venían utilizando esos títulos que el Monarca otorga anualmente a los hombres que se supone más conspicuos del país para renovar las enormes reservas de numerario que siempre había en sus cajas con destino a las elecciones y a otros gastos constantes de propaganda. Se hacía barón a un hombre de letras o de ciencia; pero también, a la vez, a tal o cual hombre de negocios, que, a cambio de esta distinción honorífica, contribuía con largueza a los fondos secretos del partido que a la sazón ocupaba el Poder. La costumbre era por demás viciosa y fué causa de fuertes protestas y escándalos en varias ocasiones. Hilaire Belloc escribió y habló larga y rudamente contra estas formas de simonía política, que envilecía por igual a los ennoblecedores y a los ennoblecidos. Ahora, por lo visto, se ha querido aplicar un antecedente ominoso a un caso sin malicia, en que se ha complicado la generosidad de un amigo con la vanidad de un fabricante y la inocencia de un hombre de gobierno.

Con razón dice Macdonald que el honor conferido por el Rey a su amigo tiene con su acto de amistad con él tanta relación como el hombre de la luna. Pero es de temer que no convenza a sus adversarios, que son muchos y desean destruir por todos los medios la fuerza que ahora gobierna en Inglaterra, personificada en él más que en otro hombre, porque no querrán convencerse, sino aprovechar este incidente para enturbiar su pureza. Sin embargo, la lección puede ser provechosa y la moraleja salta a la vista: ¡César, cuidado con tus amigos! Una amistad poco discreta, sobre todo cuando coincide con ambiciones de vanagloria social, aunque esté libre de otros intereses más bastardos, como es también frecuente en los que miman y agasajan a los políticos, puede ser más funesta para un hombre público que la hostilidad total de todos sus enemigos. ¡Amigos del político, no abuséis de vuestras obsequiosidades, no sea que por querer ayudarle labréis su ruina! Lo dicho: la verdadera amistad con el hombre público debe serlo y no parecerlo.

Luis Araquistain



Homenaje de España al colombiano Caldas

Exposición

Señor:

El gran Menéndez y Pelayo ha dicho que España debe al inmortal neogranadino Caldas un monumento expiatorio, porque nadie ignora que Francisco José de Caldas, el discípulo, colaborador y heredero científico de nuestro excelso Mutis, fué el primero de los sabios neogranadinos; es, como escritor, uno de los clásicos de Colombia, y, como fundador del célebre Semanario de la Nueva Granada, el creador del periodismo cintífico en su Patria; y nadie ignora que este hombre extraordinario que, según un historiador ilustre, constituía «un elocuente testimonio de que España puso a sus hijos de Indias en condiciones de elevarse por su propio esfuerzo a los puestos más distinguidos de la cultura humana», por mal entendido celo de un mandatario del Poder español fué fusilado el 29 de Octubre de 1816, acto de injusta crueldad que España, madre y educadora de los pueblos hispanoamericanos, no debe sancionar ante la Historia, aunque se perpetrara a su nombre.

»La reciente inauguración del monumento a Mutis en la capital de Colombia y las ejemplares palabras pronunciadas en aquel momento por el muy docto monseñor Carrasquilla, declarando que Colombia debe a España su iniciación en las ciencias filosófico-cristianas, mediante Fray Cristóbal de Torres, y su iniciación en las ciencias filosófico naturales, mediante D. José Celestino Mutis, ofrecen a V. M. ocasión feliz para señalar con un acto de justicia digno de la proverbial hidalguía española, que sería también efusiva muestra de amor a Colombia y a toda nuestra América, la efeméride más gloriosa de la Historia humana: la que conmemoramos el 12 de Octubre con la Fiesta de la Raza.

»Este acto de justicia y de amor consistiría en realizar la noble aspiración de Menéndez y Pelayo, colocando cerca de su estatua, en el vestíbulo de la Biblioteca Nacional, una lápida donde se perpetuara en palabras dignas de nuestra Historia el solemne desagravio de España a la bienamada Colombia y a su insigne hijo Caldas, a quien nuestra Patria se gloría de haber trasmitido su sangre y el tesoro de su saber.

»Madrid, 8 de Octubre de 1924.—Señor: A. L. R. P. de V. M., *Antonio Magaz y Pers.*»

»Real decreto.—A propuesta del presidente del Directorio militar, y de acuerdo con éste,

»Vengo en decretar lo siguiente:

»Artículo 1o.—Para dar testimonio del amor de España a Colombia y toda América, conmemorando el día 12 de Octubre en que se celebra la Fiesta de la Raza, se procederá por el ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes a dictar las disposiciones necesarias para que en el vestíbulo de la Biblioteca Nacional se coloque una lápida en honor del insigne colombiano Francisco José de Caldas.

»Artículo 2º—Los gastos que origine la ejecución de lo dispuesto en el artículo anterior se satisfarán con cargo a la sección séptima del presupuesto vigente, «ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes», incoando, si fuere preciso, los expedientes de transferencia o suplemento de crédito que sean oportunos.

»Dado en Palacio a ocho de Octubre de mil novecientos veinticuatro.—ALFONSO —El presidente interino del Directorio militar, *Antonio Magaz y Pers.*»

(*A. B. C.*, Madrid).

Colores

AZUL

(*Ciudad*)

¿Al cielo de qué ciudad
—calles entre la neblina—
se parece el blando azul
que humedece tus pupilas?

¿Al cielo de qué ciudad
donde pasamos, de prisa,
—enfermos—vagos—anónimos—
buscando un alma perdida?...

¡Qué azul de lágrimas puras!
¡Qué gris de palabras tímidas!
¡Qué niebla del corazón
en la ciudad entrevista!

(*Río*)

¡Río en el amanecer!
¡Agua de tus ojos claros!
Caer—¡subir!—en lo azul
transparente...casi blanco...

Cielo en el río del alba
—mi amor en tus ojos vagos—
oh, naufragar.
—¡ascender!
¡siempre más hondo!
¡Más alto!

...Río en el amanecer...

VERDE

(*Lluvia*)

Va a llover...Lo ha dicho al césped
el canto fresco del río;
el viento lo ha dicho al bosque
y el bosque también lo ha dicho.

Va a llover... Las ramas crugen
y huele a sombra en los pinos...
Naufraga en verde el paisaje...
Pasan pájaros perdidos...

¡Qué solo te quedas tú,
pobre corazón sin nido!

AMARILLO

Amarillo cansado de la tarde
—más que color, suspiro—
—más que suspiro, llanto—
—más que llanto, silencio entre gemidos—

Amarillo de campos sin cosecha
—no de glorioso atardecer de trigos—
amarillo de adiós en las ventanas...
Amarillo... Amarillo...

JAIME TORRES BODET

México, 1924

(*La Pajarita de Papel*, PEN Club de México, 1924).

El nuevo idioma castellano

Carta al hispanista James Fitzmaurice-Kelly

=Del tomo EL NUEVO IDIOMA CASTELLANO, por V. García Calderón, Editorial MUNDO LATINO, Madrid, 112 pp. en 8º=

(Concluye. Véase la entrega anterior).

* *

Hemos llegado lentamente al siglo XIX, que es el Cabo de las Tormentas, pues aquí es preciso navegar con todas las precauciones del mundo. Napoleón ha pasado por España y los senderos quedaron llenos de pólvora. La literatura está ligada estrechamente a la política. Digamos con arrojo, como los guerrilleros: «¡Santiago y cierra España!»

Cuéntase que un guerrillero juró matar tantos franceses como cabellos había tenido su mujer, ahorcada por los soldados de Napoleón. ¡Tuvo aquella campesina la más hermosa cabellera de Castilla!... Pero no sólo corren riesgo entonces los soldados intrusos. Buena parte de España está «afrancesada», porque de Francia llegan, sin embargo, y a pesar del mismo déspota genial, ideas de libertad, más necesarias en tierra española que en cualquier otro rincón del mundo. No es posible calificar de traidores a literatos de fuste cual Moratín, Lista, Meléndez, que admitieron el nuevo régimen de José Bonaparte, porque representaba la importación liberal, un poco más de cultura, un poco más de libertad, contra el absolutismo simbolizado por el ministro «que cerró un día las Universidades y abrió una escuela de tauromaquia».

Son afortunados años para los gramáticos de artillería, que defienden celosamente a un tiempo mismo la tumba del Cid y el diccionario de la Academia Española. ¡Qué victoria para los pedantes, señor mío! La retórica y la poética se han cristalizado para toda eternidad; ya no parece posible cambiar las reglas del tresillo literario. Querer escribir en un lenguaje novísimo, con imágenes e inquietudes del siglo; en una palabra, escribir como lo hiciera Larra en 1830, es entonces *una manera de traicionar a España.* Regresión dolorosa en la historia más conservadora del mundo, pues la patria comenzó con una Reconquista. Lo más penoso es que los guardianes de momias parecen tener patéticamente razón, pues es preciso, ante todo, defender el suelo invadido. La rivalidad de Francia y España es más antigua; pero en aquellos años, acababa de llegar a su crisis máxima.

Carlos García lamentaba ya, en 1617, en un libro hermosísimo [1], casi olvidado, y que encierra páginas de una exquisita ironía, la bifurcación de las dos «luminarias de la tierra». «El soberano autor—dice—ha hecho bien las cosas al dar a un país lo que faltaba al otro: la gentileza y la gracia a los franceses, y la firmeza a los españoles». Los primeros son demasiado ligeros; los otros, demasiado solemnes a veces. Lo mismo en su modo de andar que en su vestir, el español de la época aspira a la nobleza. Trajea al verdugo de amarillo o de rojo para mostrar su infamia, porque él, el gentilhombre, va de luto, como un caballero antañón.

Después de haber referido de la manera más festiva del mundo las aventuras casi trágicas de un hidalgo tan solemne que todos los pilluelos de París le hacen pifia, Carlos García nos cuenta haber asistido, en una plaza de la ciudad, a una escena significativa. Un ciego, rodeado de incautos, pregunta a su perro domesticado: «¿Qué harías tú por el rey de Francia?» El perro brinca y se agita de gozo. «¿Qué harías tú por el rey de España?», sigue inquiriendo el bellaco. Y el perro se eriza y muestra los dientes... Esto era en 1617.

Nada más patético en la Historia que esta lucha de ambos gemelos de la loba romana. Se completan mutuamente y lo prueban despojándose con reciprocidad. Cuando un francés quiere evocar la fuerza y la majestad de Roma, es necesario que Corneille entre a saco en España; pero las gracias lúcidas de un espíritu mondado como los árboles de la isla de Francia, ¿en dónde se encuentran sino aquí? Y cuando veo a un romántico, de España o de América, merodear por la selva de Hugo, me digo, alterando un poco un verso célebre: «Tú puedes saquear este pueblo con tranquilidad» ¡Bastante despojó a mis abuelos!

«Considerad la historia de las realidades europeas después de la Revolución —ha dicho Charles Maurras—. La literatura revolucionaria tendía a disolver las naciones para constituir la unidad del género humano, y las consecuencias directas de la Revolución que se hicieron sentir fuera de Francia, como en nues-

(1) *La oposición y conjunción de los grandes luminares de la tierra.* París, 1617.

De esta carta han hablado ya: Gómez Carrillo, Sanín Cano, Hernandez Catá, García Sanchiz, M. de Toro Gisbert, León Pacheco, Francisco García Calderón, A. Zérega Fombona y Armando Donoso.

Quisiera el REPERTORIO AMERICANO oir otras opiniones. Se atreve a solicitar las de algunos de los escritores de América y España que lo reciben y leen a menudo. La lista es larga, si fuéramos a trasladarla toda. Para el caso, valgan unos cuantos nombres:

A. Reyes, J. Vasconcelos. Antonio Caso, Mariano Silva y Aceves, Xavier Icaza, Julio Torri Genaro Estrada, J. de la Luz León, Félix C. Lizaso, Dr E. J Varona, Jorge Mañach, E. Roig de Leuchsenring, José María Chacón y Calvo, Emilia Bernal, P. Henríquez Ureña, Max. Henríquez Ureña, C. Coll y Cuchí, Rafael Arévalo Martínez, C Wild Ospina, Froylán Turcios, Raf. H. Valle, Alberto Masferrer, N. Altamirano y Viera, Presbítero Pallais, Salomón de la Selva, R Brenes Mesén, Rómulo Tovar, Rafael Cardona, Alejandro Alvarado Quirós, O. Méndez Pereira, A. Nieto Caballero, Eduardo Santos, Ramón Vinyes, Germán Arciniegas. Guillermo Valencia, Armando Solano, A. Restrepo Gómez, C. E Restrepo, Cornelio Hispano, Santiago Key Ayala, Ml. Díaz Rodríguez, R Blanco Fombona, J. Austria, Jesús Semprum, Gonzalo Zaldumbide, Edwin Elmore, A. J. Ureta, A. Belaunde, R. Jaimes Freyre, Franz Tamayo, Alcides Arguedas, Pedro Prado, Enrique Molina, Eduardo Barrios, Gabriela Mistral, Dr R. Lenz, Francisco Contreras, J. Ingenieros, A. Nin Frías, Leopoldo Lugones, R. A. Arrieta, Ricardo Rojas, A. Gerchunoff, Leopoldo Díaz, R. F. Giusti, M. Gálvez, Ml. Ugarte, Natalicio Gonzálex Manuel Domínguez, Juan E. O'Leary, Hugo D. Barbagelata, Dr. C. Vaz Ferreira, Juana de Ibarbourou, José Moreno Villa, Eugenio D'Ors, José Ortega y Gasset, R. Pérez de Ayala, Federico de Onís, E Díez-Canedo, Antonio Espina, Ed Gómez de Baquero. Azorín, R. Gómez de la Serna, Juan R. Jiménez, C. Rivas Cherif, Miguel de Unamuno, Ramón del Valle-Inclán, Luis de Zulueta, Américo Castro, Gabriel Alomar, Luis Araquistain, Pío Baroja, José Bergamín, Antonio Marichalar, Ramiro de Maeztu y Antonio Machado.

Aprovechamos esta ocasión para declarar que faltan en la lista de envíos del REPERTORIO algunos escritores hispano americanos importantes de que no tenemos las señas. Que nos las den, si quieren recibirlo.

tra Francia, fueron las de realumbrar por todas partes el sentimiento de cada patria particular y de precipitar la constitución de nacionalidades». En cuanto a España, que era entonces el eje ultramontano de Europa, ello no es cierto de idéntica manera. Fué un hijo de la Revolución, el general Bonaparte, quien rehizo, sin saberlo, la unidad moral española al pretender hacerse dueño del pueblo más orgulloso del planeta. Los mismos liberales de la época prolongaban la antigua desconfianza. Carlos III, el monarca liberal y francófilo, siempre mira con ojo receloso al país que inventara la «revolución» y el «filosofismo», como se decía por entonces. El conde de Aranda, su famoso ministro, es, sin embargo, amigo personal de los enciclopedistas, y quiere, como su amo y señor, ensanchar el marco de esta España hermética; pero desconfía de sus propias reformas, y expulsa a los jesuitas porque osaron pronunciar la palabra «regicidio».

Las dos Españas se afrontan, y solamente algunos libros acerca del Japón moderno pueden servirnos para comprender tal conflicto. Para los bonzos guardianes de ritos antañones, toda novedad es peligrosa. Cuando en el siglo XIX pasan por el Guadalquivir los primeros vapores, el pueblo grita llamándolos monstruos demoníacos. El divertido Barrow, autor de uno de los libros ingleses más populares, *La Biblia en España* (1842), nos cuenta que las muchachas quemaban los Evangelios porque llegaban de tierra protestante. ¿Para qué leer tales obras, que son tal vez luteranas? En primer lugar, los niños no necesitan saber más que algunas nociones de doctrina cristiana. Carlos III contaba con orgullo que en su infancia prefería *l'école buissonnière* del palacio a los cursos de los ilustres pedagogos encargados de formar su espíritu perezoso. Un día los maestros van a quejarse al Rey, su padre, y he aquí al joven culpable ante el soberano de todas las Españas. «¿Cómo?—pregunta el rey—. ¿El infante no quiere estudiar?» «No, señor»—responden a coro, desconsolados, los dos maestros. «Pues bien-dice el rey-: si el infante no quiere aprender, que no aprenda nada.»

Este padre bondadoso y simpático, que parece primo hermano del rey Pausole, de Pierre Louys, muestra ser de su tiempo y de su país. Cuando mi ilustre compatriota Olavide llegó a España para civilizar una provincia, los libelos de la época se burlaban de este hombre «ilustrado» del «siglo de la ilustración». Era el supremo insulto.

Y he aquí que, en la España negra de los comienzos del siglo XIX, un joven genial iba a lanzar un manifiesto cuya actualidad no ha envejecido. El artículo de Mariano José de Larra, *Fígaro*, titulado «Literatura», expone el estado de alma de los primeros románticos; pero podría ser firmado por cualquier escritor de hoy, por ejemplo, por el exquisito Gómez de la Serna, que usted cita en su *Manual* entre las jóvenes celebridades. Larra, la personalidad más atrayente del romanticismo, por su ingenio, su dandismo y el suicido final, se educó en Francia. Usted habla de él, querido maestro, en su *Historia de la Literatura española*, con los más clarividentes elogios. ¿Qué ha hecho usted para no tildarle de galicista?

Iniciado a la vida literaria inmediatamente después de la crisis napoleónica, ¡cuán entrañablemente quiere a su vieja España, pero cuánto sufre al verla tan en retraso medieval, toda erizada y cohibida por las innovaciones de la ciencia y de la política que llegan de Francia! Jamás pueblo alguno sintió tan extrema aversión a la modernidad. Es otra China, pero belicosa.

En el recinto de sus murallas, los Pirineos y el mar, sólo quiere ya vivir su sueño sonámbulo, escuchando la canción de sus glorias muertas. «Todo inglés es una isla», decía Taine. Todo español de entonces era una fortaleza. El hidalgo que despreció siempre las letras, se burla ahora del «siglo de la ilustración». Los románticos iban a cantar el «progreso» y «las luces» magníficamente; pero el pueblo español seguiría siendo el conquistador aburrido que perdió el señorío del mundo, y desdeña la vivacidad de los otros pueblos como un motín de arribistas.

No existía aún la clase media en España; la aristocracia y el pueblo se coligaron para aborrecer con tesón al extranjero, y la invasión de Napoleón no explica sino parcialmente tal estado de espíritu, más antiguo que este odio nuevo. ¡Cómo no comprender semejante aversión patriótica! Es necesario afirmarse entonces en un españolismo exagerado. Porque las modas vienen de París, el Estado mismo pide a un grupo de damas ilustres (1788) que organice un «traje nacional»; los nobles adquieren aficiones y ademanes de *chisperos*; el literato innovador es el enemigo de todos; se le colgará más tarde uniformado a la francesa, con uno de esos chalecos que llevaban bordada en letras rojas la palabra «Libertad». «¡Vivan las caenas!», vocifera la canalla cuando regresa el tirano. El inglés sopla la llama que podría extinguirse. «Cambiad—dicen irónicamente los marinos de la Gran Bretaña que bloquean el puerto de Cádiz en 1808— cambiad vuestro león nacional por una gallina, pues los gallos franceses os dominan.»

¿Cómo puede usteed creer que sea fácil con todo esto escribir en una lengua que recuerde la elegancia ultrapirenaica. Los «afrancesados» de las letras son, créame usted, héroes desconocidos que no retroceden ante nada. ¿No pretenden, a semejanza de la Francia de los *sansculottes*, transformarlo todo, la religión de nuestros mayores, la dignidad real, que es de derecho divino, y hasta la misma lengua incorruptible? América viene en su ayuda. «Ella debía dar a su conquistador—decía Larra— con los intereses aumentados por la usura, el principio democrático.» Esos cabecillas insurrectos, esos mestizos insolentes a quienes la Historia iba a nombrar libertadores, leen de tal manera libros franceses, que de ellos toman giros y palabras. Lugones ha podido llamar a nuestro poeta Rubén Darío el último libertador. Darío rescata definitivamente a la princesa dormida que en las viejas leyendas españolas vivía prisionera de un mago árabe.

Así, a regañadientes, el hechizado país se despereza. Su suelo fué invadido, su imperio colonial zozobra. José Cadalso había comenzado, con sus *Cartas Marruecas*, la serie admirable y desconcertante de sus libros, que inauguran el diagnóstico de la España «enferma» Doble inquietud psicológica, que debía revelarse a fines del siglo XIX: el sentimiento de una decadencia y la necesidad de afirmarse en el orgullo nacional; pesimismo intelectual, optimismo sentimental.

En este momento patético en que todo se hunde; en que España, abatida, parece surgir, como el Segismundo de Calderón, de su caverna medieval para afrontar el siglo de las «luces», ¿qué harán los más grandes afrancesados, que son, sin embargo, los más españoles de los hombres, qué harán Goya y Larra? ¡Ah, cómo descubren la perdida veta popular! Si el uno se inspira en Watteau y el otro recuerda a Voltaire, preciso es confesar, sin embargo, que son españolísimos. Las bucólicas madrileñas del primero y el «pobrecito hablador» del segundo parecen salir de una novela picaresca. El *gracioso* antiguo, los criados de *La Celestina*, Sancho siempre, tienen el mismo rictus doloroso y el sentido cómico de lo real que sólo los rusos igualarán. ¡Qué gracia incrédula y sensata, qué don del color vivaz, qué ligereza vistosa de la máscara sobre el conturbado rostro de la Vida! No, no eran de España, o a lo menos de toda España, las frases lentas y aletargadas, el tono bituminoso, la rigidez de cuerpo y alma. En cuanto a la literatura del siglo que moría, el gongorismo de acrósticos y de charadas que mechaba con retruécanos su extenuada insipidez, estaba

ya condenado al ridículo. Pero el país dramático que amamos resucitaba en los comienzos del siglo XIX e íbamos todos a ser los hijos de *Fígaro*.

Esta inquietud, que es el fondo mismo de la raza, ¿quién la sintió mejor hasta ser su víctima? Larra, como Werther, se suicida después de haber vivido como el Tenorio. Se burla de la España acompasada de 1830, lo mismo que un criado de Calderón se burlaba de los enamorados mal comidos, que ya son «esqueletos vivientes», a fuerza de madrigales y serenatas. No es esta la ocasión de hablar de su ideología, completamente moderna, querido maestro; pero admiremos de paso el encaje de su frase. Usted la llamará, quizás, afrancesada y muy rápida. Déjeme creer que aquello es español eterno.

Larra va a repetirlo: las letras de su país morían. Todavía son actuales sus impresiones sobre la literatura. «Impregnada de orientalismo» por los árabes, influenciada por la metafísica religiosa, «prestó más campo a los poetas que a los prosistas». Después de Cervantes, después de Quevedo, «la prosa volvió al olvido». La juventud, que llega a la vida con el reinado de Carlos III, quiere «continuar un movimiento paralizado dos siglos antes». Pretende «introducir en el siglo XVIII el gusto francés, como otros habían introducido en el siglo XVI el gusto italiano». No se quería reconocer el espíritu de análisis, el espíritu filosófico de Francia, que ejercía poderoso influjo sobre la «regeneración española», por mil razones políticas de las cuales ya he señalado las más apasionadas. «Los escritores—dice Larra—quisieron salvar de nuestro antiguo naufragio la *expresión*; es decir, que al adoptar las ideas francesas del siglo XVIII, quisieron representarlas con nuestra lengua del siglo XVI». «Pero esta lengua—agrega—desemejante de la túnica del Señor, no había crecido con los años: tan rica antiguamente, había venido a ser pobre para las necesidades nuevas».

Para decirlo de otra forma: precisaba reanudar la tradición, olvidando los siglos estériles, forjando con descaro neologismos, un hablar viviente. El mismo acérrimo enemigo de toda influencia francesa, Juan Pablo Forner, declaraba en el siglo XVIII que los «adornos desmesurados» y la armonía demasiado uniforme *(todo hueco, todo campanudo)* habían provocado lo que él llamaba espiritualmente «una hidropesía de nuestro lenguaje». ¡Cuántas cosas muertas en este país del recuerdo! «Yo quisiera ver a Cervantes—observaba Larra maliciosamente—obligado a escribir en España artículos sobre la responsabilidad ministerial o los juegos de la Bolsa.» La humorada es divertida y todavía tiene curso. Se hablaba entonces de política o de finanzas con el lenguaje rígido de los antiguos días.

Los muertos siguen mandando, y el hechizamiento del libro sublime ha llegado a ser intolerable. El gran político Joaquín Costa, que, como medida de salubridad municipal, quería clausurar hace treinta años el sepulcro del Cid—del Cid que cabalga todavía— nos hubiera ayudado, estoy seguro, a hacer con el *Quijote* un auto de esperanza y de caridad en cualquier plaza de Madrid.

* *

Henos aquí en el fondo de la cuestión: la grandeza y miserias históricas de esta lengua hermosísima, de cadencias oratorias, que ha sacrificado a menudo la claridad a la elegancia, el orden lógico del período al gusto de secretas músicas, la vivacidad del pensamiento desnudo a las lentitudes verbales de una majestad romana.

El disfrazado reproche de «estilo rápido» toma aquí toda su importancia, pues se nota que ha leído usted con provecho los hermosos estudios de filología *chauvinista* que comienzan por el *Diálogo de la Lengua*, de Juan de Valdés, y no han terminado aún. ¡Admirable motivo de concurso es la superioridad de nuestra lengua, y en ella creo de todas veras! Pero lo repito una vez más: no pienso que los rodeos continuos o el esplendor corintio le sean inseparables *Aquel pausado y noble decir*, cuya excelencia elogiaba Gregorio Garcés en 1791, vamos a ver si es tan español como se cree. La lucha fué siempre apasionada en España entre los «atalayas del bien hablar» y las «viejas tras del fuego hilando sus ruecas», que han inventado, según Valdés, los más hermosos proverbios y el lenguaje. Es peligroso que la divergencia entre ambos grupos sea demasiado grave. Se pretende que Anatole France consulta a veces a su cocinera para cerciorarse de si una palabra es francesa. ¡Admirable ejemplo que imitar, pues el pueblo continúa siendo, como lo decía un español, Vives, el «tesorero del lenguaje»! De su boca indígena y golosa salen las palabras expresivas, los giros pintorescos, las metáforas anónimas que colorean toda una literatura.

En España hubo constantemente una extrema derecha que se enfadaba desde un principio cuando se quería hablar en vulgar «romance», es decir, en español, en vez de expresarse en latín elegante. La extrema izquierda fué el pueblo siempre. Durante mucho tiempo su lengua y su genio se juzgan cosa vil. Cuando halla palabras nuevas y las forja a su manera o las recaba de un dialecto, los peritos discuten con toda seriedad si es razón adoptar una palabra infame, como *regüeldo*, cuando es eructo el término correcto. Los mismos doctores que desprecian el dialecto vulgar son quienes más tarde pretenden conservar a todo trance una lengua ya estéril. Es escritor el que sabe adornar con góticos florones la arquitectura jónica de la frase. Si el habitante de Castilla no llega a tanto en la búsqueda de la sinuosidad verbal, el sevillano y el cordobés, que son árabes a medias, complican siempre la frase. ¿Cómo negarles una exquisita morbidez que a menudo esfuma la rigidez castellana? Pero han terminado por dominar estos oradores del Mediodía. Cuando quieren torcerle el cuello a la elocuencia, no es para clarificar, sino para ensombrecer. De nuestro insigne Góngora al curioso Estébanez Calderón, que fué amigo de Merimée, la escuela continúa siendo la misma, y, si no temiera agravar el desorden español de esta carta, yo le mostraría a usted, señor mío, que en el mismo arte escultural de un Julio Antonio se encuentra hoy la fuerza atormentada que acumula las sombras como un ácido corrosivo sobre el cobre del aguafuerte...

La lengua española, que nace verdaderamente hacia el siglo X, es entonces un latín corrompido o, si usted lo prefiere, evolucionado. La Reconquista, la larguísima lucha de godos y moros invasores, constituye un doble acervo de donde surgen palabras envilecidas que huelen a pueblo. ¡Qué digo! Su lengua misma, que se llama *romance* por entonces, tendrá enemigos, pues es audacia sin nombre la de querer convertirla en un instrumento literario. Cuando parece indispensable aceptarla, los puristas comienzan también su reconquista huraña a través de los siglos. Si Ercilla, Garcilaso o Cervantes adoptan más tarde palabras italianas, esto se les reprocha duramente. Cuando Santa Teresa quiere escribir a su manera, irreflexiva, deliciosamente parlanchina—un estilo de mujer, en verdad—le corrigen los manuscritos, hasta que Fray Luis de León se enoja. El mismo Fray Luis se excusa, en sus *Nombres de Cristo*, ante quienes consideraban entonces que el tema sagrado era demasiado importante para confiarlo al «vulgar lenguaje» español. Renovando en 1585 las quejas de Ambrosio de Morales *(Discurso sobre la lengua castellana)*, observa cuán poca estima se concede «a todo lo que está escrito en romance». En cuanto a las palabras que pueden provenir del francés, se las declara guerra a muerte. «La prosa francesa ha corrompido la castellana», decía Juan Pablo Forner, que

llamaba semigalos a los mejores escritores de su época. Nada más divertido que el *Diccionario de galicismos*, de Baralt (Madrid, 1906), en donde los más familiares giros de España están condenados por su origen sospechoso.

El pueblo, como el negro, continúa. ¡Y qué hacerle! Fuimos amos del mundo; es decir, que habiendo vivido en todas partes, dejamos o adquirimos palabras y giros por donde pasaban nuestras lanzas. La belleza de la lengua española proviene de tal universalidad. Lengua sonora que sirviera primero y durante mucho tiempo para cantar hazañas (por eso conserva son de címbalos); lengua elegante que los eruditos de la Iglesia han relatinizado (recordad que Góngora era sacerdote); lengua enriquecida por navegantes católicos y soldados analfabetos y pobres diablos que se marchaban en busca de aventuras, volviendo siempre con su sonrisa de Diógenes marrulleros.

¡Qué fortuna fabulosa de experiencia y de voces! ¡Y cómo distinguir lo que es puro y espontáneo cuando dos siglos acumulan la riqueza humana que heredamos! Pero el más grande imperio, después de Roma, ha sangrado por todos los caminos del mundo. Poco a poco nada le resta sino el orgullo, con el recuerdo del vértigo y una lengua universal que quisiera clausurar en el Museo de la Armería.

Aquí también la política interviene: un país próspero no tiene recelo alguno de traer en sus navíos materias preciosas y nuevas palabras; un pueblo empobrecido y fatigado cierra sus fronteras a toda importación humana. Véase la prueba en los *Manuales* que exaltan las cualidades del lenguaje. En su *Diálogo de la Lengua española*, Juan de Valdés quiere aceptar todas las novedades. En la aurora del siglo XIX, una armada de gramáticos que maneja la férula académica se atrinchera en los Pirineos para atajar la invasión lingüística. Voy a resumir los argumentos de libros como el *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana* (Madrid, 1791), de Gregorio Garcés; las *Observaciones críticas sobre la excelencia de la lengua castellana*, de Juan Pablo Forner, etc,

Muy netamente, y con oportunidad, Valdés acusa de error a los «latinizantes» que no quieren escribir en español, porque no es todavía una lengua distinguida y a los que complican el decir de todo el mundo. Le chocan las «frías afectaciones del *Amadís de Gaula*, como el estilo de Juan de Mena, que, queriendo parecer «docto», «cae en la oscuridad y en lo afectado». *La Celestina* es su libro de cabecera. Desea «enriquecer el lenguaje que ha chupado en los senos de su madre», «aprovechándose de lo que encuentra en otras lenguas con las cuales la mía tiene alguna similitud». Quiere escribir como habla, sean o no distintinguidas las palabras. Las voces españolas que expresan cosas de la vida diaria no provienen del latín; las que «expresan las cosas viles y plebeyas, provienen del árabe»; las emplea todas, sin preocuparse de las reglas de los hombres *bien hablados*, que son, a veces, sea ello dicho de paso y con pesar, grandes escritores del Siglo de Oro. He aquí un magnífico programa digno de ser reasumido, en su plenitud: libertad de expresión y de neologismo, simplicidad popular, claridad española. «Lo que tenemos de más castellano—dice Valdés—son los *refranes*», inventados por Zutano y Mengano.

Todo se ha trasformado algunos siglos más tarde. En el siglo XVIII nace un orgullo legítimo y peligroso. Leamos los estudios de la época y los delirios de los gramáticos. Se cita a D'Alembert, que no está lejos de considerar el español «como la más armoniosa de las lenguas vivas», por su «feliz mezcla de vocales y de consonantes dulces y sonoras»; se cita a Rivarol, que recuerda todo lo que la literatura del tiempo de Corneille debe a España. Lo que significa, para el buen casticista, una prohibición absoluta de modificar tan perfecto clavicordio. «Era el mejor instrumento que conocía Europa—dice Forner—para verter dignamente los pensamientos dignos»; ninguna otra lengua puede igualarla en «nobleza, armonía y majestad». Sus defectos mismos, digamos sus peligros, son motivo de orgullo. Se nos elogia por encima de todo la libertad de la sintaxis, y Garcés exibe triunfalmente estas imprudentes palabras de Fenelón: «La lengua francesa no se atreve a proceder sino según el método más escrupuloso y más uniforme de la gramática. Siempre se ve venir un nominativo sustantivo que trae su adjetivo como de la mano. Su verbo no deja nunca de venir detrás, seguido de un adverbio que no soporta nada entre ellos dos y el régimen llama inmediatamente un acusativo que no puede nunca cambiarse de lugar. Es lo que excluye toda suspensión del espíritu, toda sorpresa, toda variedad y a menudo toda cadencia magnífica» (1). En comparación con tal pobreza, nuestros doctrinarios ostentan la colocación «graciosa y variada» de las palabras de la lengua española, el recitar «noble y lento» del Siglo de Oro (Garcés.) «Los escritos que dieron los reinados de Fernando el Católico, Carlos V y Felipe II—dice Forner—manifiestan un carácter grave, robusto y natural; las cláusulas caminan con una especie de reposo severo; la estructura de los períodos es lenta y noble.»

«¿No es la lengua francesa—dice Capmany—la más rigurosa en sus reglas y la más uniforme en su sintaxis?» Considera «tímido e infantil» el orden invariable de las palabras en la frase, y le llama «una esclavitud gramatical». La calidad más esencial a la perfección de nuestra lengua es, por lo contrario, «aquella peculiar libertad de la construcción con que huye de las repeticiones y monotonía sin violentar su índole». «¡El mecanismo de nuestra lengua—exclama Forner—es más bello, más elocuente, más suelto que el del monotonísimo y sequísimo dialecto francés!» Sin duda Mallarmé habría firmado estas condenaciones de la sintaxis, puesto que en Francia se abusó de la línea recta; entre nosotros fué la transposición forzada de la frase lo peligroso y corriente.

Podría aumentar las citas (2). ¿Para qué? No he de ser yo quien rehuse, querido maestro, a mi propia lengua la ductibilidad que permite colocar el adjetivo antes o después del sustantivo, el sujeto después del verbo, el verbo

---

(1) Fenelón, *Lettre a l'Academie Française*, art. v.

(2) En más amplio estudio será preciso analizar la curiosísima obra titulada: *Declamación contra los abusos introducidos en el castellano, presentada y no premiada en la Academia Española, año de 1791. Síguela una disertación sobre la lengua castellana, y la antecede un diálogo que explica el designio de la obra.* Madrid, MDCCXCIII. (Atribuída a Don José de Vargas y Ponce.)

Pocos estudios sobre la Historia y vicisitudes del lenguaje me parecen más medulares. Si entre los abusos que causan, según el autor, la perversión de la lengua menciona injustamente, «la introducción y rápida fortuna del francés», se da cuenta, por otra parte, de los peligros de «un estilo que huele a rancio». Si quiere presentar el castellano con «toda la pompa de su antigua majestad», si llama a nuestro idioma «el de mayor majestad y armonía entre los vivos de Europa», confiesa la fuerza de su origen plebeyo y la amplitud de su deuda a otras lenguas. Traza la historia de aquel lenguaje autóctono, mezcla extraña de árabe local y de latín decadente que había «empezado a tartamudear bajo los jueces de Castilla» hasta «extenderse victorioso por Europa para conquistar y traer a su servicio cuantos vocablos pudieron convenirle; y al modo que los arcos triunfales se adornan de los despojos exquisitos de las provincias sujetas y de los enemigos, el idioma español se hizo de preseas de otros idiomas». ¿Cómo expresar mejor los derechos del neologista? Pues ¿quién ha hablado con mayor talento de la «claridad genial del idioma», de la cadencia «empalagosamente dulce» de ciertos escritores, de las «metáforas extravagantes», de los «tumores de la imaginación» de la «obscuridad enigmática», de todo lo que no es «castellano derecho»?

Sus observaciones sobre la rima, la plenisonancia del consonante, inventada por los hombres del Norte, cuya oreja es más ruda que la del hombre latino, podrían llevar la firma de cualquier versolibrista de hoy. «También tiene su música la prosa», escribe nuestro curioso autor en 1793. Un siglo después tuvo que probar esto audazmente la generación de 1898.

al final de la frase, etc; ¡pero fué esta amplia licencia una escuela de perdición! Habríamos terminado por hacer del castellano un idioma invertebrado y confuso, como el alemán. El *boato* y la *pompa* que censuraba Forner lo han dañado todo. Poco a poco la antigua frase lógica, que una inteligencia mediterránea prefiere siempre, se tornaba en móvil juego de palabras que nuestra aversión a toda disciplina supo adornar, sin embargo, con los hechizos de la música. Volvíamos al latín, pero no para adquirir en él ejemplos de concisión y discursiva elipsis, sino para complicar las líneas del discurso con incidentes y gracias superfluas, con adjetivos sin cuento, con perífrasis de orador que respira fuerte. Toda simetría elegante parecía perdida, y poco a poco también, toda clara música. Pues el flautista que acompañaba al orador antiguo para templar su discurso con un acorde en sordina, no medía ya con el ritmo dórico la breve curva viviente de toda frase humana. Wilde dijo una vez que es preciso escuchar cuando se escribe la música de la sangre; los períodos que no son «respirables», si así puede decirse, no merecen vida. Tratad de leer de un solo aliento ciertos escritores españoles del siglo XIX, y os será necesario jalonar la página con menudas señales para no extraviar la ruta. Es trágica esta afición por lo sombrío. Ariadna, hermana mía, el Minotauro no ha muerto, y vivimos voluntariamente en laberintos. Porque no es complicación del pensamiento esta oscuridad literaria. sino el dandismo verbal de Séneca. Ya Luzán se burlaba en el siglo XVIII de los escritores que llamarán *etiopico licor* a la *tinta*. Un ejemplo clásico me hizo reír en mi juventud: el famoso

En una de fregar cayó caldera.
Transposición se llama esta figura.

Pero ya no me burlo. He observado este gusto umbrío en los más eminentes de mis antecesores, y ¿quién no sintió muy adentro una complicidad perversa con las *Bocas de sombra* o los *Abismos parlantes*, que un grande de España, Víctor Hugo, escuchó, sin duda, de una ventana de mis castillos?...

* *

Me detengo, porque no acabaría nunca con tan amado tema, que requiere un libro entero. ¿Ha podido usted otear, por lo menos, en el paseo, nuestras posiciones atrincheradas? No renegamos del pasado: lo aceptamos «en bloque», pero designando los ascendientes directos, cuya tradición queremos heredar. Estamos convencidos de hablar la lengua más desgarbada, vivaz y dramática, puesto que es la lengua del pueblo de España. El ciego que canta sus *estribillos* antes de toda literatura pulcra; el estudiante de Salamanca o de allende que resucita, merced a Quevedo, para hechizarnos; el lazarillo bonachón que comparte su pan con su escudero, tan orgulloso como hambriento; el bribón democrático y picaresco, atravesando el mundo con su guitarra enlutada; el humilde conquistador que lleva con sus coplas de libertad los derechos del hombre de América; todos los mestizos de español—ochenta millones de un Continente—que creen tener voz y voto, pues el porvenir de la lengua es suyo—tales son, señor mío, mis compañeros—. A ellos debe el castellano el no haber llegado a ser una de esas lenguas sepulcrales cuya belleza empolvada la analiza y descubre, en un día de lluvia, la Academia de Inscripciones de Tejas Abajo....

Sírvase creer, querido maestro, en la perfecta consideración de un hispanista aficionado, su devoto,

VENTURA GARCÍA CALDERÓN.

París, 24 de diciembre de 1922.

La hora que pasa

La araña

Es crudo el invierno. Desde su llegada ha llovido día a día, incesantemente. Los campesinos han parado sus faenas. Los caminos están intransitables. Los granos que nos sustentan se han perdido o ha sido imposible recogerlos. Desde la mañana a la tarde, una cortina cenicienta se cierne sobre el horizonte y el día se va tornando oscuro y triste. La lluvia comienza lenta y cansada y el trueno tabletea en las cordilleras con retumbos que ponen pavor en el alma. Las cosechas estan medio perdidas, y la zozobra del hambre muerde los corazones.

Entre una llovizna menuda he salido al campo esta mañana opaca y el verdor riente de la naturaleza, que es como su traje fragante, contrasta con la pena que se advierte en la cara de los hombres del campo. Bordeando un sendero estrecho, en la pared de un barranco deleznable que formó la última lluvia, una araña peluda construyó su agujero tapándolo con una red finísima para proteger la entrada. La malla de este animal paciente se ha cuajado de gotas de rocío que tiemblan a la luz como claros diamantes. De noche, las estrellas se encienden en este pequeño mundo de gotas de rocío, y la araña acaso contempla, abismada en ellas, el fulgor de las constelaciones lejanas. Asaltada mi alma por una mala acción, rompo el tejido que el insecto construyó pacientemente, y al volver a pasar en la tarde, el animalejo tenaz ha reconstruido su malla protectora.

De regreso a la ciudad, sumida en hondas cavilaciones, he aprendido de esta araña sufrida, que la paciencia es una fuerza incontrastable que nos hace sobrellevar en la vida nuestro dolor, único patrimonio positivo en la vida.

Las montañas

Hay días en que contemplando la inmutabilidad de las montañas que circundan la ciudad, me sobrecoge cierta doliente desesperación. Desde inmemoriales milenios siempre en elmismo sitio, recortando el cielo con las mismas líneas de viñeta de aguafuerte, impasibles y serenas en su silenciosa grandeza. Sólo se permiten tener alguna variación en sus colores. Me hacen el efecto de mujeres elegantes que cambiaran cotidianamente de indumentaria: en las mañanas despejadas ostentan un añil fuerte, en los mediodías abrasadores de sol se atavían con faldellines de un color opalino que les da la calina; en los atardeceres rojos sus faldas adquieren un rosa desvaído; ya en las claras noches manos invisibles dejan caer sobre sus hombros un manto negro recamado de estrellas como el de una *Mater Dolorosa*. En los opacos días de invierno se arrebujan constantemente en un chal de neblinas tristes, y al mirarlas me invade la sensación de un agudo calofrío. Hoy tienen las montañas en sus faldas, como tirado adrede, un gran girón de niebla al parecer inmóvil que va cambiando paulatinamente de formas.

En vuestros silencios impenetrables de millones de siglos, montañas que protegéis la ciudad, habéis oído silbar las tempestades arrasadoras, habéis visto impasibles las caudas brillantes de los cometas viajeros; han envuelto vuestras crestas las neblinas fugitivas; habéis sentido sucederse los inviernos y las primaveras radiantes, y en vuestras cumbres casi siempre empenachadas de blanco soplan vientos de eternidad. Solo vosotras me mostráis con esa serenidad augusta, que nuestro reinado sobre la tierra es tan breve cual el giro instantáneo de una ilusión; que pasamos por la vida sin dejar huellas perdurables, como el vuelo de una ave, cual el rumbo de una nube, como el rastro de una sombra....

BLANCA MILANÉS

San José, C. R., 1924.



LA EDAD DE ORO

69.—Dar

Todo hombre que te busca, va a pedirte algo.

El rico aburrido, la amenidad de tu conversación; el pobre, tu dinero; el triste, un consuelo; el débil, un estímulo; el que lucha, una ayuda moral.

Todo hombre que te busca, de seguro va a pedirte algo.

¡Y tú osas impacientarte! ¡Y tú osas pensar: «qué fastidio!»

¡Infeliz! ¡La LEY escondida que reparte misteriosamente las excelencias, se ha dignado otorgarte el privilegio de los privilegios, el bien de los bienes, la prerrogativa de las prerrogativas: ¡DAR!; ¡tú puedes DAR!

¡En cuantas horas tiene el día, tú das, aunque sea una sonrisa, aunque sea un apretón de manos, aunque sea una palabra de aliento!

¡En cuantas horas tiene el día, te pareces a ÉL, que no es sino dación perpetua, difusión perpetua y regalo perpetuo!

Debieras caer de rodillas ante el Padre y decirle: «¡Gracias porque puedo dar, Padre mío!; ¡nunca más pasará por mi semblante la sombra de una impaciencia!»

* *

«¡En verdad os digo que vale más dar que recibir!»

AMADO NERVO

(Plenitud)

70.—Los maderos de San Juan

¡Aserrín!
¡aserrán!
Los maderos de San Juan,
piden queso, piden pan,
los de Roque
alfandoque,
los de Rique
alfeñique
los de triqui, triqui, tran!

Y en las rodillas duras y firmes de la Abuela,
con movimiento rítmico se balancea el niño
y ambos agitados y trémulos están,
la Abuela se sonríe con maternal cariño
mas cruza por su espíritu como un temor extraño
por lo que en lo futuro, de angustia y desengaño
los días ignorados del nieto guardarán.

Los maderos de San Juan
piden queso, piden pan!
¡Triqui, triqui,
triqui, tran!

Esas arrugas hondas recuerdan una historia
de sufrimientos largos y silenciosa angustia
y sus cabellos, blancos, como la nieve, están.
De un gran dolor el sello marcó la frente mustia
y son sus ojos turbios espejos que empañaron
los años, y que, há tiempos, las formas reflejaron
de cosas y de seres que nunca volverán.

Los de Roque, alfandoque
triqui, triqui, triqui, tran!

Mañana cuando duerma la Anciana, yerta y muda,
lejos del mundo vivo, bajo la oscura tierra,
donde otros, en la sombra, desde hace tiempo están
del nieto a la memoria, con grave són que encierra
todo el poema triste de la remota infancia
cruzando por las sombras del tiempo y la distancia
de aquella voz querida las notas vibrarán!

Los de Rique, alfeñique
triqui, triqui, triqui, tran!

Y en tanto en las rodillas cansadas de la Abuela
con movimiento rítmico se balancea el niño
y ambos conmovidos y trémulos están,
la Abuela se sonríe con maternal cariño
mas cruza por su espíritu como un temor extraño
por lo que en lo futuro, de angustia y desengaño
los días ignorados del nieto guardarán.

¡Aserrín!
¡aserrán!
Los maderos de San Juan
piden queso, piden pan,
los de Roque
alfandoque,
los de Rique
alfeñique
triqui, triqui, triqui, tran!
triqui triqui triqui tran!

JOSÉ A. SILVA

(El Libro de Versos)

71.—Por qué amamos a Humboldt

Para nosotros, venezolanos, Humboldt, es, no sólo la gran figura científica del siglo XIX, sino también, el amigo, el maestro, el pintor de nuestra naturaleza, el corazón generoso que supo compadecerse de nuestras desgracias, compartir nuestras glorias y elogiar nuestros triunfos. Hay algo más todavía que nos hace fraternal su memoria; es la historia de la familia, porque cuando ésta ha vivido aislada, sin contacto con el mundo social, con el arte, con la ciencia; cuando ella no ha tenido por compañeros sino su cielo, sus montañas y sus ríos, su naturaleza virgen, ansiosa de encontrar el hombre que descifrara sus grandes enigmas o del artista que interpretara sus variados panoramas, entonces es cuando la visita del primer huésped ilustre deja en la atmósfera del hogar un recuerdo inefable que se trasmite de padres a hijos.

Un día, en aquellos en que el comercio del mundo estaba cerrado a nuestras costas, en que la presencia del hombre europeo era un acontecimiento para nuestros pueblos, en aquellos en que vivíamos sin prensa, sin comunicaciones que nos enseñaran el progreso del mundo, aislados, silenciosos, viviendo como la caravana del desierto sin más testigos que la naturaleza, pisó Humboldt nuestras playas. Llegaba vestido de pasaportes reales y armado, no con la espada del mandarín, espíritu pasivo, en cuya conciencia obraban, en aquella época, más las órdenes escritas que las necesidades de los pueblos; sino con los instrumentos de la ciencia, de la benevolencia del sabio, de la justicia del espíritu cultivado, del amor a la

humanidad. Llegaba como el legítimo intérprete de una naturaleza fecunda que hasta entonces ningún viajero había explorado.

A su encuentro le salió el rústico labriego y presentóle bajo la techumbre de sus cocales de Oriente, leche de sus rebaños, que el viajero bebió en jícaras indianas; y el misionero, patriarca de las selvas, le ofreció, en seguida, bajo las verdes enramadas del monasterio, la fruta sabrosa de la fértil zona; en tanto que el viejo hidalgo, con la caballerosidad de sus progenitores, espontánea, franca, dadivosa, sin desmentir la nobleza de su raza, descubierta la cabeza, tendióle mano amiga y le introdujo en el salón de la familia venezolana, en la cual, la gracia sobrepuja la cultura del espíritu, e impera el corazón sobre la inteligencia. Humboldt quedó, desde entonces, instalado. Todo le pertenecía; el cariño de la familia, la admiración de los pueblos, el agasajo de las autoridades españolas: le pertenecían también la naturaleza, cielo y tierra que le habían aguardado durante siglos. Desde entonces data la veneración que se conserva como un talismán en la historia de nuestro hogar. Fué su voz, voz de aliento; en sus obras nos dejó enseñanza provechosa; con su amistad honra; gratitud en sus recuerdos, siempre rejuvenecidos, aun en sus días de ocaso. Ni la infidelidad, ni la inconstancia, ni el olvido—en toda ocasión en que se ocupó de Venezuela, porque al estampar en sus inmortales cuadros el nombre de ésta, fué siempre para honrarla, pagando así tributo de justicia y de admiración al primer pueblo que visitó y cuya imagen fué inseparable de su memoria. He aquí por qué le amamos.

ARISTIDES ROJAS

(J. E. MACHADO: *Siete Estudios de Arístides Rojas*).

El Canal de Nicaragua

(De *La Noticia*, Managua)

NADIE pone hoy en duda la necesidad del Canal por Nicaragua. Desde los tiempos primitivos del descubrimiento de América, se planteó el problema conocido en la historia con el nombre de «Secreto del Estrecho», pues los navegantes españoles buscaron afanosamente un estrecho natural, que suponían debía existir, para cruzar sus barcos de vela a través del Continente.

Desvanecida esta ilusión, se pensó en crearlo artificialmente, escogiéndose en el Istmo Centroamericano las rutas más favorables. Tehuantepec, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá fueron objeto de estudios y proyectos varios en el período de la dominación española, y después, en el curso de nuestra vida libre.

Esa necesidad acentuada cada día, por el intercambio comercial y por la mayor frecuencia de las relaciones internacionales, principalmente por la adquisición del dominio de los mejores mercados para la industria — hoy supremo objeto de las naciones que asombran por el desarrollo de sus centros productivos — trajo como consecuencia imperiosa la apertura del Canal de Panamá, que ha acortado mucho el camino a las prósperas repúblicas del Pacífico y a las costas occidentales de México y la América del Norte, al suprimir la inmensa vuelta por el estrecho de Magallanes en el extremo austral de América.

¿Por qué se prefirió la ruta de Panamá a la de Nicaragua? Por varias razones; pero es necesario consignar que a pesar de ellas, nuestra ruta sigue reclamando, por sus indiscutibles ventajas, las obras poderosas de la ingeniería moderna para dar al mundo el gran servicio a que está llamada por su excepcional posición geográfica: la más fácil y estratégica comunicación interoceánica.

Cuando la poderosa nación americana oyó el parecer de sus mejores ingenieros para adoptar la vía más conveniente, la voz autorizada del Almirante Walker recomendó en tres informes la de nuestro privilegiado suelo; pero, no obstante su valiosa opinión, se prefirió la de Panamá por las siguientes razones:

a) La suposición de que podía construirse el Canal a nivel, es decir, sin exclusas.

b) La influencia desplegada por trece compañías americanas de ferrocarriles — desde la Canadian Pacific en el Norte hasta la Panamá Railroad en el Sur — enemigas el Canal de Nicaragua por creerlo de más pronta construcción y que por lo mismo les haría una competencia más inmediata en tiempo y en distancia.

c) La política interior y exterior de los Estados Unidos cuando se resolvió la construcción de la línea interoceánica. En la política interior predominó el gran poder del Senador Hanna, representante de los colosales intereses de las trece líneas ferroviarias referidas; y en la política exterior prevaleció el deseo del Gobierno americano, de despejar el Istmo de Panamá de la influencia francesa.

d) El precio en que se adquirió la obra de Panamá, que fué considerado ínfimo, dados los elementos que constituían los valores invertidos y efectivos en aquella obra iniciada y mantenida por los franceses; y,

e) La seguridad que tenían los Estados Unidos de que ninguna otra nación del mundo les disputaría la construcción del Canal de Nicaragua, que a nadie interesa más que a ellos por su política internacional.

Emprendida y concluida la obra gigantesca de Panamá, parecía que quedaba resuelto el viejo problema del «Secreto del Estrecho». Sin embargo, al abrirse al tráfico mundial, ha resultado deficiente, y sobre todo el Gobierno americano sólo ha conseguido ponerse al nivel de las otras potencias, sin las ventajas naturales de un canal como el de Nicaragua.

No habiendo, pues, respondido satisfactoriamente la obra prodigiosa de Goethals al magno pensamiento que se tuvo en cuenta al emprenderla, ha renacido con señales de efectiva vitalidad la antigua construcción del Canal de Nicaragua, según declaración del Senador Edge, de New Jersey, actual Presidente de la Comisión de Canales Interoceánicos.

Todos reconocen las admirables ventajas y el inmenso desarrollo que el Canal traerá a nuestro país. Si para ese halagüeño y cercano porvenir, los nicaragüenses estuviéramos convenientemente evolucionados, los beneficios serán incalculables. Pero sucederá lo contrario si nos obstinamos en permanecer estacionarios. En el primer caso el Canal hará de Nicaragua y de sus hijos un gran país; en el segundo, hará de nuestra patria un país de extranjeros, pues sus hijos quedarán en condiciones de inferioridad.

Por tal motivo, entiendo que será un deber primordial del gobierno que se instale en 1925, acometer la tarea patriótica de poner a los nicaragüenses en condiciones tales que puedan aprovecharse, para la Nación y para el porvenir de la Nación, de todas las ventajas que ofrecerá al mundo la construcción del Canal de Nicaragua.

LUIS F. CORREA

Romance de adioses

Soñaba que podía
llegar hasta tu huerto,
salvando los caminos
del último recuerdo...
Bordear los muros altos
que cercan tu vivienda,
burlar a tus lacayos,
llegar a tu opulencia,
sentimental y pobre
como cualquier trovero...
Y abriendo la mohosa
puerta de tu aposento
pagar con una rosa
al viejo jardinero
que quiso que en las sendas
del claustro de tu encierro
se posen las pisadas
del último trovero...

Sabía el jardinero
los sueños que alentabas...
Tu señorial encierro
soñaba noches claras...
Y cuando en la lontana
tristeza del sendero
perdíanse tus ojos
tras la luna de Enero,
no era al galán extraño
dueño de los bohíos
al que esperó tu anhelo
dorando los Estíos...

El vió como una tarde
tus manos de plegaria
buscaban en el Kempis
la queja solitaria
y luego, conmovida,
dejando los rituales,
triunfaba en ti mi vida:
mis viejos madrigales
entre las amarillas
hojas del libro de horas
se abrían a tus dulces
pupilas soñadoras...
Busqué complicidades:
surgió tu jardinero...
Soñé que aquel abría
las puertas de tu encierro...
y es que sus ojos claros
colmados del cansancio
de tantos derroteros,
sabían como amaban
las dulces niñas pálidas
al sol de los troveros...

Pero al dejar la casa
triste del Exilado
y al emprender la marcha
con rumbo al Eldorado
oí las argentinas
voces de alguna Feria:
burbujas cristalinas
que doran la miseria...
Y al fondo de un palacio
que engaña los hastíos
ví con locura extraña
fugando los estíos
en saltos de champaña.

Los pámpanos del bosque,
los lauros de la umbría,
estaban desde hace años
para la frente pálida
de mi melancolía,
y cuando en la locura
de esos viejos saraos
quise hallar la dulzura
de los ponientes claros,
llegar hasta tu encierro
burlando a tus lacayos
y luego, irnos al campo
para tejer idilios
hollando en las praderas
las flores de los tilos,
haciendo primaveras
las sombras del retiro...
de tu jardín de antaño
fugaron las alondras...
dejé mis juventudes
en devanar las horas
y me engañó en un claro
del bosque de las hadas
la espuma que deshace
el alma de las aguas.

El viejo jardinero
que hizo crecer las rosas
y de cortar los lirios
y acariciar las malvas
tenía el pobrecillo
las manos olorosas,
al desherbar los prados
se trajo los otoños
y fueron marchitándose
caducas, sus raíces,
de tanto ver retoños...

Quedaron tus lacayos
por custodiar los muros
de tu jardín de encanto...
De aquel lejano estío
ya no restó ni un canto.
Los canes del hastío
mordieron mi quebranto...
La anciana leñadora
que con ramas de acanto
vá quemando la hora
de tu final romántico
me dijo tristemente
con su voz de dolora:

Era la Primavera
que trae golondrinas
y dá su abrazo ardiente:
brazos de enredaderas
con que une a las encinas;
mirabas aquella hora
mis perdidas erranzas
y con hilos de aurora
hilabas, aguardándome
en rueca de esperanzas...
Pero el invierno vino
matando a los Estíos
y un día, a tu camino
llegó el galán de antaño
dueño de los bohíos
y con piadoso engaño
borró en tus ojos tristes
el sueño de los míos...
Y tu rueca: Tesoro

de un hilo de esperanzas
hiló para mi lloro
madeja de olvidanzas...

La anciana leñadora
que de cortar las ramas
y hacerlas fuego es triste,
dejó en mí la amargura
de todo lo que existe...
Y andando por las sendas
que de bordear tu huerto
se llenan de leyendas
y de un dolor incierto,
he dado con la vieja
arcilla en la que un muerto
parece todavía
querer cuidar las rosas
sacando en tallos vivos
sus manos humildosas...

En esa arcilla oscura
que es tierra de cabañas
se duerme el jardinero
que amaba tus mañanas...
el que tenía tristes
sus ojos de ver flores
y estaba ya cansado
de tantos derroteros
y el que sintió en el fondo
del corazón helado,
como a las alejadas
en flor de primavera
les lloran los troveros!

AUGUSTO ARIAS

Quito, Ecuador, 1924.

Noticia: El Sr. Arias es uno de los verdaderos valores literarios del Ecuador.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica